DOI: 10.15446/djf.n19.76729

Contra el odio

Luisa Fernanda Gómez Lozano*

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia

Emcke, Carolin. *Contra el odio*. Bogotá: Penguin Random House Grupo Editorial, 2017. 237 páginas.

"¿Qué es lo que ven? ¿Qué ven distinto de lo que veo yo?", se pregunta Caroline Emcke antes de introducirnos en las escenas de odio en las que se detiene buscando advertir la estructura, el funcionamiento, los protagonistas y los efectos del odio. ¿Qué ve A en B, qué ve el uno en el otro, que le permite odiarlo, abolir su humanidad, hacer de él o ella, de ellos y ellas, un puro objeto a exterminar? Emcke se detiene en el que odia, anota la seguridad de la que debe proveerse, la certeza en la que se cobija que impide cualquier duda o pregunta que ponga en riesgo su odio; toda rendija por la que pueda colarse un detalle de ese otro que le haga semejante, humano, debe ser taponada rápidamente o el odio podría debilitarse. En ese mismo sentido, la precisión, el detalle, no pueden ser tenidos en cuenta; se trata de la generalización, ya no hay unos y unas, hay los y las… *los* negros, *los* judíos, *los* musulmanes, *los* campesinos, *los* terroristas… *los* peligrosos sobre los que es *necesario* descargar la ira ciega.

Y así como en el párrafo anterior ya se escucha, Emcke pone en primera línea la mirada como elemento organizador del odio: ¿Qué se hace visible y qué invisible en la escena del odio? Se invisibiliza un humano, se visibiliza un monstruo. Se enmascara el odio tras la esperanza cuando alguien enceguece ante aquello que contradice sus anhelos y exige del mundo un espejo que lo salve de la diferencia; se disfraza de preocupación cuando insiste en montar sobre la escena del mundo un enemigo o una fatalidad que debe ser exterminada como si no hubiera otra salida posible, un motivo de preocupación que disfraza las verdaderas razones de su inquietud. Emcke recurre a Shakespeare para recordarnos que en *Sueño de una noche de verano* es por arte de magia que unos resultan convertidos en feos y otros, por esta misma vía, aman a quien no parece tener los atributos para ser amado; de la misma manera, nos dice la autora, el objeto y la causa del odio no son lo mismo, "el odio se fabrica su propio objeto"[1], alguien tendrá que verter la pócima en el "odiador" para que, a la vista de un objeto, este odio tome curso, luego se encargará de justificar y argumentar los motivos de su emoción aunque —como el amante— nunca logre desplegar la verdadera causa de su odio.

Así, Emcke se detiene en un video que registra la llegada de refugiados a Clausnitz y a partir de este material da cuenta de los lugares en que se sostiene la escena: los odiados, a quienes se grita, se amenaza, se rodea; los que

* *e-mail:* luisagomezl@gmail.com

Cómo citar: Gómez Lozano, Luisa Fernanda. "Contra el odio (reseña)". *Desde el Jardín de Freud* 19 (2019): 322-324, doi: 10.15446/djf.n19.76729

© Obra plástica: Jim Amaral

1. Carolin Emcke, *Contra el odio* (Bogotá: Penguin Random House Grupo Editorial, 2017), 14.

Reseña bibliográfica | Fecha de recepción: 25/04/2018. Fecha de aceptación: 09/05/2018.

odian gritando improperios, clamando por un afuera en que deben permanecer los odiados; los mirones que, con su placer obsceno al contemplar la exclusión, amplifican el odio y hacen de la escena un espectáculo que deja a los odiados como objeto de divertimento; el lugar del orden —la policía o sus sucedáneos— que parecen proteger al odiador del odiado y se muestran ambiguos ante la distancia que deberían sostener entre unos y otros; también están los que la autora llama proveedores del odio, que terminan proporcionando el fundamento retórico a estas acciones; y están también los mercaderes del odio, quienes esperan sacar beneficio de todo esto en forma económica, de votos o audiencia, entre otros.

El *nosotros* y los *otros* son constantes en la organización del odio; sin embargo, a partir de la lectura del libro se hace claro que esta estructura ha estado siempre en la humanidad y no por esto es una de odio, "jamás todas las personas fueron consideradas personas"[2], dice Emcke, por esto resulta necesario detenernos a estudiar la particularidad del odio, aquello que en nuestra época llama y sostiene al odio. De la misma manera, hace una distinción entre indiferencia y odio, en la que el segundo "es incapaz de esquivar su propio objeto o alejarse de él"[3], el odio elimina o exagera, anula la singularidad proponiendo la universalización de un *nosotros* que impide a muchos hacer parte del *Nosotros humanos*.

En *Contra el odio*, Carolin Emcke advierte, a partir del asesinato de Eric Garner en Staten Island, la manera en que el mirón puede volverse testigo cuando no aparta la mirada de la escena poniendo su ojo en situación de denuncia: "saben que podría pasarles lo mismo"[4], dice, y con esto subraya la similitud que puede guiar a una toma de posición que cuestione el odio. Así mismo, hace hincapié en el silenciamiento y la parálisis a la que puede llevar la humillación constante y que, en este caso, se detiene con el asesinato de Garner quien antes de morir proclama —*it stops today*—, frase que retoma Emcke como lugar de dignidad y resistencia:

> Y es precisamente esa dignidad lo que todos deberían defender: "Se acabó" este odio, esta violencia, en Staten Island o en Clausnitz. "Se acabó" la elevación populista de determinados afectos a la categoría de argumentos políticos, la retórica del "miedo" y la "preocupación" tras la que se camufla el puro racismo. "Se acabó" también ese discurso público según el cual cualquier tipo de confusión subjetiva, cualquier miseria interna y cualquier falsa creencia basada en una teoría de la conspiración se consideran intocables, auténticas y valiosas y, como tales, escapan a toda reflexión crítica y a cualquier forma de empatía. "Se acabó" esa disposición interna que lleva a que algunos "pasen inadvertidos" y terminen por los suelos sin que nadie los ayude a levantarse ni les pida disculpas.[5]

En la segunda parte del libro, Emcke se detiene en el uso que se hace del lenguaje en la segregación. Para esto echa mano de la historia del *Libro de los Jueces*, en la que los hombres de Galaad, para detectar a los efraimitas que pretendían pasar, les pedían que dijeran la palabra *Shibbólet*; los efraimitas no podían pronunciarla de esa manera sino como *Sibbólet*, entonces eran atrapados y posteriormente asesinados. Es la "vieja historia, todavía actual, de la exclusión del otro"[6]: una sola palabra define la pertenencia y, por lo tanto, la exclusión; una palabra que es marca, rasgo distintivo que anuncia que hay uno diferente, rasgo al que se le dará un sentido —que bien puede ser el de monstruo—. En relación con esta palabra se organiza el fanatismo, fenómeno al que la autora dedicará más de un comentario en el libro, y que relaciona con la función igualadora que tiene el odio, igualadora entonces por el exterminio que hace de la diferencia y la singularidad.

2. Ibíd., 117.
3. Ibíd., 57.
4. Ibíd., 86.
5. Ibíd., 104.
6. Ibíd., 107.

Lo que pretende el discurso odioso es una sociedad homogénea, original o natural y pura, dice la autora, adentrándose en el examen de cada una de estas características al tiempo que las va contemplando en su relación con fenómenos de odio actuales: el yihadismo salafista, la segregación de las diversidades sexuales, entre otros. De esta forma, se detiene en el estudio de los efectos de la biopolítica en la organización y consolidación del odio al propender por un "sistema inmunitario cultural"[7], organizado por el miedo al contagio, a lo insalubre y a lo antihigiénico. Huyendo de lo otro que enferma y debilita, se construye una historia sostenida en la naturalidad de un orden en relación con ciertos atributos (*Shibbólet*), una especie de mito que ordenaría lo auténtico, lo original y lo pondría en una cierta relación con el reconocimiento social y jurídico. Bajo esta perspectiva, la ultraderecha es esa posición que defiende a ultranza un orden social determinado por diferencias esenciales. Esta pureza reúne la asepsia y la originalidad dando como efecto la oposición *inmaculados vs. mancillados*, que organizaría lo que Emcke llama el "fetichismo de la pureza", con el que se alimenta la polarización, para la que la segregación es ganancia.

Para terminar, en un tercer apartado que nombró como "Elogio de lo impuro", la autora comienza por subrayar la univocidad de la que depende el odio, mostrando entonces cómo es con la voz de cada cual que algo del odio puede ceder para advertir la existencia de otro singular. Propone entonces dar existencia a la pluralidad, entendida esta como conjunción de singularidades, no de individualidades "egoístas"; esto por vía de la *parrhesía* (el decir veraz) —concepto tomado del trabajo de Foucault—. Se trata entonces de dar lugar a un relato polifónico en el que cada voz pueda sostener la crítica, hablar francamente no solo ante otro tirano sino, y especialmente, ante sí mismo; se trata así de sostener un decir en el que la vida se arriesga para dar lugar a una verdad; un acto de enunciación en el que importa el cómo se dice, que viene de un pacto con la verdad que tiene efecto duradero en cada cual.

Este llamado de Emcke a hacer resistencia al odio, nos permite advertir los intríngulis que lo sostienen y alimentan, al tiempo que nos llama a salir de la comodidad de ciertos lugares para arriesgarnos en la enunciación, en la "imaginación de la diferencia del otro", como dice la autora. De la misma manera, este libro, por la forma en que está escrito, deja también el espacio para otras voces, como la del psicoanálisis, por ejemplo, que con la singularidad de una época o de un sujeto puede re-correr los caminos que ya Freud había trazado y aportar con su particularidad misma otro tono que rompa la univocidad.

7. Ibíd., 119.